

Hijas de la Nakba

Voces de mujeres palestinas

Entrevistas realizadas por Estel·la Vidal

Traducción de las entrevistas de Salam Al-Akhras Mazloun,
Jaldía Abubakra y Sima Khawaja

Colección Herejías, 13

ÍNDICE

PRÓLOGO

Nadia Silhi.....	9
Mar Gijón Mendigutía.....	19

INTRODUCCIÓN

Estel·la Vidal.....	25
Hawa Khawaja.....	37
Leila Khaled.....	41
Jaldía Abubakra.....	59
Mariam Abu Turki.....	71
Nisreen Azzeh.....	79
Khitam Saafin.....	89
Doha Asous.....	105
Manal Tamimi.....	113
Rasmia Obeidi, Um Iyad.....	127
Dalal Krayem.....	135

LAS TONALIDADES DE LA IRA

Rafeef Ziadah.....	145
--------------------	-----

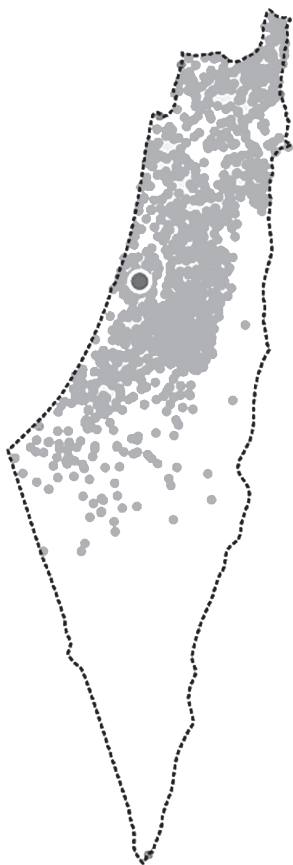
CRONOLOGÍA DE LA COLONIZACIÓN

Y OCUPACIÓN ISRAELÍ DE PALESTINA.....	149
---------------------------------------	-----

Colonización sionista de Palestina

● Localidad sionista/israelí

● Localidad palestina



1882

Primera colonia sionista, Rishon LeZion, fundada bajo el dominio del Imperio Otomano



1947

Alcance de la colonización sionista al final del Mandato británico



1966

Colonización israelí de las
tierras palestinas expropiadas
en la Nakba



Hoy

Colonización israelí de la Cisjor-
dania ocupada, Gaza y los Altos
del Golán



77 años después, la *Nakba* continúa. Reflexiones sobre el genocidio y las mujeres de Palestina

NADIA SILHI CHAHIN*

Este texto está dedicado a mi tía Mary Silhi Canahuati, que el 14 de mayo de 1996 falleció en Temuco, Chile, muy lejos, demasiado lejos, de su natal Belén, Palestina. No tuvo marido ni hijos propios. Emigró sola y en barco a Chile en 1956, a la edad de 46 años, sin hablar una palabra de castellano, y hoy volvería a morir, de dolor, si viera lo que los ocupantes están haciendo en su país.

«Si muero, quiero una muerte que retumbe en el mundo. No quiero aparecer en las noticias de última hora ni ser un número más dentro de un grupo. Quiero una muerte de la que el mundo oiga hablar, un impacto que perdure para siempre, e imágenes inmortales que no sean sepultadas por el tiempo ni el lugar**».

* Abogada, máster en derechos humanos y doctoranda en Derecho.

** La traducción es mía.

Palabras de Fatima Hassouna, fotoperiodista palestina asesinada a los 25 años en un bombardeo israelí en su casa en el norte de Gaza, el 16 de abril de 2025, junto a su familia. Fue asesinada justo un día después de enterarse de que el documental *Put Your Soul on Your Hand and Walk*, que protagonizó, fue seleccionado para competir en la edición del Festival de Cannes de este mismo año.

Hoy es 14 de mayo de 2025. Mañana se cumplirán 77 años desde que se autoproclamó el naciente Estado de Israel en el 78% de Palestina. Israel lo celebra como el día de su independencia. La gente suele preguntarse de quiénes. La respuesta es: de los británicos. Los británicos ejercían el control colonial de Palestina, y en algún punto, lo perdieron a manos de las bandas paramilitares sionistas, antecesoras de lo que es hoy el ejército de Israel. Y es que, en la narrativa sionista oficial, las personas indígenas no son relevantes para ser mencionadas en esta epopeya heroica. Tampoco lo fueron, como destaca el historiador palestino Nur Masalha, para ser calificadas como habitantes de Palestina a la hora de considerar si esa tierra estaba ya habitada. No es que no supieran los colonos que ellas vivían allí, sino que no les pareció relevante. Las nativas, las palestinas y palestinos, las indígenas de la tierra palestina fueron desplazadas forzosamente de sus hogares. Más de la mitad fue expulsada fuera de Palestina y devenida en refugiadas. Otras, desplazadas dentro y devenidas en refugiadas también.

Todas ellas, todos ellos, todos sus descendientes continúan como refugiados al día de hoy. Esto fue la *Nakba* (en castellano, «catástrofe») palestina. Pero la *Nakba* no terminó en 1948 ni en 1949, sino que sigue siendo, cada día, para las palestinas y palestinos del mundo. Con sus bombardeos, ejecuciones extrajudiciales, desplazamientos forzados y masivos de personas,

detención y tortura, destrucción de hogares, violencia sexual contra las niñas y mujeres. La Nakba palestina es un cuestionamiento tajante, urgente y permanente a la Declaración Universal de Derechos Humanos, adoptada por la —entonces recientemente creada— Organización de Naciones Unidas (ONU) más tarde ese mismo año, 1948. Israel viola absolutamente todos los derechos consagrados en la Declaración desde su creación hasta hoy, y lo hace de manera cada vez más cruel, contando con la impunidad —y con la asistencia— que le garantizan los llamados gobiernos occidentales, en incumplimiento flagrante de sus propias obligaciones internacionales.

Así, en el contexto de la Nakba, ya ha transcurrido aproximadamente un año, siete meses y siete días desde que Israel comenzara a perpetrar un genocidio en la Franja de Gaza, el 7 de octubre de 2023. Los precedentes diecisiete años Israel había sometido a los palestinos de Gaza a un bloqueo por aire, mar y tierra. Nada ni nadie podía entrar ni salir de Gaza sin su autorización, la autorización de la potencia ocupante. Entre las trágicas consecuencias de ello, se cuentan la desesperación y el dolor, resultando muchas veces en la muerte de personas por falta de tratamiento médico, ya que los equipos necesarios para tratar enfermedades como el cáncer estaban prohibidos dentro de la Franja. La radioterapia, por ejemplo, era entonces inaccesible para las mujeres enfermas de cáncer de mama, a quienes tampoco se permitía salir de Gaza para recibir tratamiento. Abeer Abu Jayyab, Hind Shaheen, Ghada Hammad, y Dena Mekhael son los nombres de algunas de las mujeres víctimas de esta política luctuoria*.

* «Beloved Abeer passes away after being denied travel for treatment outside Gaza», *Medical Aid for Palestinians*, 14 de julio de 2017; «Gaza's cancer patients: "We are dying slowly"», *Al Jazeera*, 5 de febrero de 2017; «"I applied for radiotherapy nine times

Según el Informe Goldstone, elaborado por Naciones Unidas en 2009 tras el masivo ataque militar que Israel desplegó sobre la Franja entre fines de 2008 y fines de 2009 durante tres semanas, donde alrededor de 1.400 personas palestinas fueron asesinadas, en Gaza se habría cometido el crimen de lesa humanidad de persecución y múltiples crímenes de guerra. Algo que llamó especialmente la atención de los investigadores, para alcanzar dicha conclusión, fue la falta de refugios para que la población se protegiera de los bombardeos, ya que tanto escuelas, como hospitales y mezquitas, eran blancos de los ataques del ejército de ocupación.

Aproximadamente un año antes, el relator especial de Naciones Unidas sobre la situación de derechos humanos en territorios palestinos ocupados, el jurista estadounidense judío Richard Falk, había concluido que Gaza continuaba bajo ocupación mientras se encontrara bajo control efectivo de la potencia ocupante, echando por tierra el reclamo sionista de que Gaza dejó de estar ocupada en 2005 con la retirada de los colonos, pretendiendo eludir así las obligaciones que la potencia ocupante tiene en derecho internacional humanitario. Israel no sólo ha controlado las fronteras de Gaza desde 1967, también ha llevado el registro de población, y desde 2007 ha impuesto el bloqueo al cual me referí antes. El bloqueo ha permeado las vidas de la población gazatí al punto que Israel ha controlado cuántas calorías podía consumir una persona al día para no morir de inanición, pero manteniéndolas al borde de la desnutrición*. La lista de bienes vetados no sólo incluía equipos médicos, sino también

and got no reply”: living with cancer in Gaza», *The Guardian*, 7 de noviembre de 2022; «Many gazan women are no longer able to enter Israel for cancer treatment», *The New Yorker*, 28 de junio de 2018.

* «Israel forced to release study on Gaza blockade», *BBC*, 17 de octubre de 2012.

materiales de construcción como madera y cemento, así como juguetes y chocolates.

Sumado a lo anterior, Israel atacaba militarmente a la gente de Gaza con cierta periodicidad. Además del gran ataque del 2008-2009, se cuentan el de 2012 y el de 2014. A esto hay que sumar la represión criminal de la gran marcha del retorno, organizada por la población de Gaza cumpliéndose 70 años de la Nakba, donde simbólica y pacíficamente intentaron cruzar la valla que las separaba —y separa— de sus tierras, siendo asesinadas a tiros por el ejército de ocupación como respuesta. Y es que, particularmente en Gaza, el 80% de los palestinos y palestinas no son originariamente de allí, sino refugiadas de otras partes de Palestina. Como explica el historiador israelí Ilan Pappé, esto se produjo, pues, en el contexto de la Nakba en 1948, cuando los palestinos en su desesperación intentaron huir a los países vecinos, pudieron llegar a Jordania, al Líbano, a Siria. Pero Egipto no los dejó entrar, y por eso mucha gente se concentró en Gaza, la región de Palestina que comparte frontera con Egipto.

El 22% de Palestina que Israel no colonizó en 1948, fue ocupada y colonizada en 1967. Estos son los llamados territorios ocupados palestinos, de acuerdo con el derecho internacional. Incluyen no sólo Gaza, sino también Cisjordania y Jerusalén oriental. Sin embargo, es evidente que Israel desde 1967 en realidad controla el 100% de la Palestina histórica. Y aun cuando mediante su legislación haya sometido a los palestinos a estatutos jurídicos diferenciados según dónde se encuentren, el denominador común es que cualquiera de ellos estará en una situación no sólo de desventaja sino también de opresión en relación a cualquier persona judía de cualquier parte del mundo. En otras palabras, como lo han documentado, entre otras, Amnistía Internacional (2022) y Human Rights Watch (2021),

Israel comete el crimen de lesa humanidad de apartheid contra el pueblo palestino, que se encuentra en toda la Palestina histórica en condiciones similares: sometidos al plan israelí de cambiar la configuración demográfica de Palestina, pasando de ser un país árabe a un asentamiento colonial racista que alberga colonos de todas partes del mundo, y que para ello practica la limpieza étnica. Las palestinas y palestinos viven en pequeñas islas dentro de su propio territorio, en sitios cada vez más reducidos, sin derechos, vulnerables y expuestos a la brutalidad de un ejército poderoso que goza de impunidad.

Antes de su genocidio, los palestinos de Gaza decían que en Gaza no existía el PTSD (trastorno por estrés postraumático), puesto que cada vez que Israel los atacaba, no alcanzaban a enterrar a sus muertos ni a reconstruir sus casas, cuando ya los estaban atacando otra vez. Antes del 7 de octubre de 2023, según cifras de la ONU*, el 80% de la población de Gaza era dependiente de la ayuda humanitaria, el 96% del agua no era apta para consumo humano, el desempleo superaba el nivel de empleo y el sistema sanitario estaba al borde del colapso.

Todo esto ha quedado de alguna manera atrás. Ya no quedan palabras para nombrar tanto espanto. El cantautor chileno Víctor Jara, asesinado por la dictadura de Pinochet poco después del golpe de Estado en 1973, escribió días antes de su ejecución: «¡Canto, qué mal me sales cuando tengo que cantar espanto!». Cuando hablo de Palestina, últimamente no puedo evitar recordar esta frase. Desde que el genocidio se sumara a los crímenes de guerra y a los crímenes de lesa humanidad cometidos por Israel en Gaza, hay cerca de 50.000 personas asesinadas, de las cuales alrededor del 70% son mujeres, niños y

* <https://www.ochaopt.org/>

personas mayores. Muchos de sus cuerpos permanecen bajo los escombros, sin poder ser recuperados. Cerca del 80% de los hospitales han sido destruidos. Lo mismo ha ocurrido con las escuelas, las universidades, mezquitas e iglesias, centros culturales, mercados, redes eléctricas y de agua (Israel ha destruido las plantas que permitían desalinizar el agua y hacerla apta para el consumo). Cerca del 80% de los hogares han sido también destruidos, resultando la población desplazada internamente en varias oportunidades, reducida a vivir en carpas (que Israel quema cada tanto con sus habitantes dentro*). Más del 95% de la población sufre inseguridad alimentaria grave, mientras filas de camiones con ayuda humanitaria esperan en la frontera para poder entrar a la Franja e Israel no se lo permite. Hay —según cifras oficiales— miles de casos de desnutrición aguda en niños, y una serie de enfermedades para las cuales no hay tratamiento. Entre los asesinados se cuentan cientos de trabajadores humanitarios y sanitarios. Más allá de estas cifras, provenientes fundamentalmente de la UNRWA y la OMS, las historias cotidianas de la gente son inenarrables. Niños que —literalmente— mueren de hambre, enfermos en sus camas de hospital quemados vivos mientras estaban conectados a vías endovenosas, muchachos aplastados por tanques mientras buscaban un poco de harina para hacer pan, bebés obligados a ser abandonados muriendo en sus incubadoras.

Las mujeres, quienes han sostenido y sostienen la sociedad por su trabajo no sólo productivo sino también reproductivo, han tocado la peor parte. Además de sufrir todo lo que sufren los hombres, las mujeres se han quedado sin atención de

* «“You see us burning, you stay silent”: Family’s agony over mother and sons burned to death in Gaza tent», *BBC*, 19 de octubre de 2024.

profesionales sanitarios durante sus embarazos y partos. No tienen anestesia ni condiciones higiénicas mínimas, ni siquiera para las cesáreas. Es decir, están teniendo cesáreas sin anestesia. Los abortos espontáneos y los partos prematuros han aumentado. Han debido cuidar de los niños, los adultos mayores y los enfermos y discapacitados de sus familias en las condiciones más duras. Han enterrado a sus hijos con sus propias manos, y, aunque cueste creerlo, la situación es tal que aquellas que han podido recuperar sus cuerpos y tener el tiempo de enterrarlos son las afortunadas. Han debido calmar el hambre de sus hijos sin nada apto para el consumo humano a disposición. Han debido organizar formas de resistencia comunitaria en medio de las masacres y las pérdidas no sólo de sus seres queridos, sino también de la vida y de todo lo que sustentaba la vida que conocían hasta ahora. Han trabajado como periodistas, médicas, y trabajadoras humanitarias bajo los bombardeos, siendo muchas de ellas asesinadas, y dejando a sus hijos huérfanos*.

Pese a todo lo anterior, al mundo —y, sobre todo, a cierta parte del mundo— le cuesta ver a los palestinos y las palestinas, verlos como seres humanos, como iguales. No sólo le cuesta pronunciar sus nombres (¿Será por eso que los reducen a cifras cuando son asesinados?) pero también le cuesta empatizar con su dolor. Tristemente, esto incluye a las feministas blancas, que por alguna razón no pueden ver a las mujeres palestinas como sus compañeras, sino como a víctimas, en el mejor de los casos. Tal vez por eso la actriz francesa Juliette Binoche, en el contexto del Festival de Cannes que está teniendo lugar por estos días, tuvo dificultades para responder a una periodista que

* «Israeli attacks on Gaza maternity wards and ivf clinic “genocidal acts”, says UN», *The Guardian*, 13 de marzo de 2025.

le preguntó, en una rueda de prensa, por qué no firmó una carta, junto a otras colegas, condenando lo que Israel hace en Gaza*. Binoche dijo que no podía responder. Extrañamente, la misma Binoche —presidenta del jurado— que abrió la ceremonia del festival homenajear a Fatima Hassouna, o que en un video ampliamente circulado en las redes sociales se cortó el pelo en solidaridad con las iraníes que a fines de 2022 protestaban ruidosamente contra el horroroso asesinato de una de ellas por agentes gubernamentales, la joven Mahsa Amini. ¿Por qué una mujer racializada y velada —por fuerza— como Amini es capaz de desatar esas olas de protesta y solidaridad internacional, incluyendo a figuras del cine hegemónico, y sin embargo mujeres racializadas —y generalmente veladas, voluntariamente o no—, no generan esa empatía, aun cuando las estén asesinando por miles? ¿Es porque son árabes? ¿Es porque son palestinas? ¿Es porque nuestros opresores son más poderosos?

Qué ganas de contar del heroísmo de las mujeres palestinas y no tan sólo de su padecer. De Leila Khaled, guerrillera palestina, militante política marxista y comprometida, que trascendió a la historia como la primera mujer en secuestrar un avión, en los tiempos en que los palestinos tenían que dar a conocer su causa. Hoy los palestinos están en la prensa a diario. Una masacre tras otra. Como rogaba en redes sociales a comienzos del genocidio la periodista originaria de Gaza, Yara Eid, a quien conocí mientras ambas estudiábamos en la Universidad de Edimburgo, «por favor, no se acostumbren a nuestro genocidio». A menudo me pregunto: ¿Qué más tiene que hacer Israel para que la comunidad internacional tome medidas como

* «El cine alza la voz: Almodóvar, Sarandon y más de 380 artistas denuncian el genocidio en Gaza», *El Plural*, 13 de mayo de 2025; «Juliette Binoche avoids question about Gaza at Cannes Film Festival opening», *Deadline*, 13 de mayo de 2025.

las que tomaron cuando Rusia invadió Ucrania hace tres años? En ese caso hay una guerra entre dos ejércitos. No hay crímenes de lesa humanidad ni genocidio. Sin embargo, Rusia fue inmediatamente expulsada del Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas, del Consejo de Europa, y un largo etcétera. ¿Por qué no le aplican las mismas sanciones a Israel, respecto de quien la Corte Internacional de Justicia viene dictando desde enero de 2024 medidas provisionales basada en la evidencia de que está perpetrando un genocidio, el mayor de los crímenes que ha conocido la humanidad?

Hoy es 14 de mayo de 2025. Este año se conmemoran 77 años de Nakba y, en ese contexto, Israel está perpetrando un genocidio contra las palestinas de Gaza desde hace más de un año y siete meses. La gente en Gaza no tiene dónde refugiarse, ya no sólo porque Israel viola gravemente el derecho humanitario al punto de atacar también hospitales y escuelas, sino porque ya ha destruido esas edificaciones. Ha destruido Gaza y las vidas de sus 2,3 millones de habitantes. Mientras escribo esto, hay personas siendo asesinadas. Por las bombas, por el hambre, por la ausencia de condiciones sanitarias adecuadas. Personas viviendo en carpas, aun en los climas más extremos, tal como en 1948. Desplazadas una y otra vez, sólo por ser palestinas. Mujeres y niñas, musulmanas y cristianas, con o sin velo, religiosas o no. Que eran de diferentes estratos socioeconómicos (hoy todas son pobres), niveles educacionales, ideas políticas, del campo o de la ciudad, de diversas profesiones y oficios. Diversas, como en todas partes del mundo. Todas víctimas de un genocidio en tanto palestinas.

La *Nakba* continúa

MAR GIJÓN MENDIGUTÍA*

Las entrevistas realizadas por Estrella Vidal a mujeres palestinas pertenecientes a distintas generaciones que recoge este libro, *Hijas de la Nakba. Voces de mujeres palestinas*, nos acercan a lo que significó para el pueblo palestino *al-Nakba*, en árabe «la catástrofe», «el desastre». No obstante, lo que significó esa «catástrofe» es inimaginable para quien no la haya vivido directa o indirectamente. Por este motivo la historia oral es un instrumento fundamental tanto para mostrar el verdadero alcance del desastre que vivió la sociedad palestina como para reconstruir la historia de Palestina, una historia robada, ocultada y fragmentada.

Este libro, además, se basa en el magnífico documental realizado por la misma autora en 2019, *Hijas de la Nakba*, y ambos trabajos sirven como complemento el uno del otro: por un lado, en el documental se tiene la fuerza de las imágenes y del relato directo de sus protagonistas y, por el otro, en este texto, se consigue otra

* Mar Gijón Mendigutía (Madrid, 1980). Doctora en Estudios Árabes e Islámicos por la Universidad Autónoma de Madrid (UAM) con la tesis: «Los mitos fundacionales de Israel y su pervivencia como legitimadores en la colonización de Palestina: Uso y desmitificación», autora del libro *Historia del movimiento de mujeres en Palestina*, Txalaparta, Tafalla, 2015.

perspectiva con la lectura de las entrevistas completas, y ampliadas en su número, con la minuciosidad que proporciona la narración de cada protagonista y que deja otro poso.

Todos estos testimonios son imprescindibles y son los que nos acercan a la desposesión y al peligro existencial continuo que se cierne sobre la población palestina, y que llega hasta nuestros días. Su resistencia inherente es una lucha continua por su propia existencia y resistencia para permanecer en la Palestina histórica y retornar a ella, así como para reconstruir y preservar su identidad y memoria como pueblo.

Entre 1947 y 1949 lo que era el territorio de Palestina fue destruido y usurpado en su mayor parte por el movimiento sionista, movimiento colonizador cuyo propósito desde finales del siglo XIX era expulsar y reemplazar a la población que habitaba el territorio, objetivo que consiguió con la creación del Estado de Israel en 1948. Las tropas sionistas ejecutarían una limpieza étnica en Palestina; entre 750.000 y 800.000 personas de todas las clases sociales, procedencias y credos —musulmanas y cristianas— fueron expulsadas de sus hogares y tierras, y sus propiedades fueron robadas y dadas a los colonos o fueron destruidas para que no pudieran regresar nunca. Asimismo, esta expulsión y expolio fue acompañada de diversas masacres como la de Deir Yassin —tal y como mencionan varias de las entrevistadas—, que sigue muy presente en la identidad colectiva palestina; el sionismo utilizaría estas matanzas, además de otras atrocidades, para que cundiera el pánico entre la población y la expulsión fuera más «eficaz».

En este punto se desgarró la historia conjunta de la sociedad palestina, y, consecuentemente, de las mujeres palestinas. Cada mujer tuvo que luchar por la supervivencia familiar y de su comunidad, dado que la población palestina sería separada

para siempre en tres grupos: la población que fue expulsada hacia los países árabes colindantes; la que logró permanecer dentro de lo que hoy es el Estado de Israel —en la actualidad representa el 20% de la población—; y la que se dirigió, junto a la que ya vivía allí, a los territorios que quedaron de la Palestina histórica, y que después de 1967 se convertirían en los denominados Territorios palestinos Ocupados (Tpo), Cisjordania, la Franja de Gaza y Jerusalén Este. Como afirma la académica Rosemary Sayigh, «para las mujeres palestinas la *Nakba* marcó la diferencia entre el bienestar y la privación, entre la normalidad y un futuro de tragedia y sufrimiento».

Al hablar de la *Nakba* no estamos hablando, por lo tanto, sólo de un hecho histórico que empezó y concluyó en el tiempo, sino que hablamos de una *Nakba* continua que llega a día de hoy, y que padece desde hace 76 años la población palestina; la *Nakba* que sufre la población refugiada y exiliada en los distintos países a la espera de que se implemente el «derecho al retorno» y sus compensaciones; la *Nakba* que vive la población palestina en Cisjordania y Jerusalén con las expulsiones, el robo de tierras y casas, el ataque de colonos a sus propiedades, el derribo de sus hogares, los arrestos, los asesinatos; la *Nakba* y el genocidio que Israel está cometiendo contra la población palestina en la Franja de Gaza destruyendo todo lo que nos sustenta en la vida como personas. Es tiempo de que esta *Nakba* continua y la total impunidad de Israel llegue a su fin, es tiempo de que la población palestina obtenga la justicia, la reparación y la libertad que se les ha negado desde hace 76 años.